

La Comédiathèque

Crisis y Castigo

Jean-Pierre Martinez

comediatheque.net

**Este texto puede leerse y descargarse gratuitamente.
Toda representación pública, profesional o amateur, incluso gratuita,
requiere autorización previa y el pago de los correspondientes derechos de
autor. Solicitar autorización:
<https://jeanpierremartinez.net/es/contacto/>**

Crisis y Castigo

Jean-Pierre Martinez

*Un actor en paro, contratado por un banco al borde de la quiebra,
descubre que lo han fichado para hacer de cabeza de turco.
Pero la pesadilla no ha hecho más que empezar...*

PERSONAJES:

Jerónimo: el actor
Claude: la directora (o el director)
Dominique: la asistente (o el asistente)
María: la limpiadora
Marina: la mujer del actor
Bernarda: la primera clienta
Magdalena: la segunda clienta

*Los personajes de Marina, María, Bernarda y/o Magdalena
pueden ser interpretados por una misma actriz, o por actrices distintas.*

Un despacho sobrio pero imponente: una mesa grande sobre la que solo hay un teléfono que también sirve de interfono, con dos pilotos, uno verde y otro rojo; un sillón de dirección giratorio, acolchado y con ruedas; una mesita con una especie de termo de aluminio, bajo el retrato enmarcado de un hombre. María está barriendo. Entra Claude, con traje de tres piezas o traje de chaqueta, según lo interprete un hombre o una mujer.

Claude – Ah, María... Precisamente quería hablar con usted...

María deja de barrer.

María – ¿Sí, señora?

Claude – ¿Cuántos años lleva barriendo para nosotros, María?

María – No lo sé, señora. No los he contado. ¿No está contenta con mi trabajo?

Claude – Sí, sí, María, todo lo contrario. Precisamente quería felicitarla. ¿Conoce el lema de nuestro banco?

María – ¿Que cada cual barra delante de su puerta?

Claude – Muy bien, María, ¡exacto! Gracias a usted, la entrada de Crédito Solidario está siempre impecable. Y la entrada de un banco es su escaparate, ¿no le parece? Si un banco no presenta una fachada impecable, los clientes podrían pensar que...

María – Los banqueros tampoco tienen las manos muy limpias...

Claude – ¡Eso es! Lo ha entendido perfectamente, María.

María – ¿Puedo seguir trabajando, señora?

Claude – Todavía no, María...

María – Bueno...

Claude se aclara la garganta.

Claude – Como usted sabe, mi querida María... Mi muy querida María... Diría incluso mi demasiado querida María... Estamos en crisis.

María – ¿Ah, sí, señora?

Claude – ¡La crisis, María! Aunque no lea todos los días la prensa económica, habrá oído hablar de ella, ¿no? ¡Pero claro, qué despiste el mío! Usted es española, María, ¿verdad?

María – Portuguesa, señora...

Claude – ¡Mucho mejor! Quiero decir, mucho peor... Portugal también ha sufrido una grave crisis de endeudamiento. No me diga que no está enterada.

María – No, señora...

Claude – En fin, estamos en recesión y el mundo de las finanzas, por supuesto, es el primero en verse afectado por la caída general de los valores...

María – ¿Los valores...?

Claude – Me refiero a los valores bursátiles, claro. Pero créame, María, de la depresión económica a la depresión a secas solo hay un paso. Cuando baja la bolsa, también cae el ánimo. Y cuando la moral está por los suelos, la crisis de valores tampoco anda lejos.

María – Sí, señora...

Claude – Usted misma, María, ¿no estará un poco deprimida?

María – Voy tirando, señora. No me quejo...

Claude – Perdona, María, pero verla así, con su escoba... ¡No transmite precisamente alegría de vivir!

María – Puede que esté un poco cansada últimamente... De tanto barrer delante de su puerta...

Claude – Todo esto para decirle, María, que nuestro banco tampoco se libra de la tormenta... Y que también nosotros tenemos que ahorrar. Lo comprende, ¿verdad?

María – Sí, señora...

Claude – Por su propio bien, María, Crédito Solidario se ha visto obligado a tomar medidas drásticas, aunque dolorosas, para preservar su empleo. Un empleo cuya continuidad, ahora puedo decírselo, corría un serio peligro.

María – Gracias, señora...

Claude – Así que tengo el placer de anunciarle, María, que no está despedida.

María – Trabajo en negro, señora.

Claude – Sea como sea, podrá seguir barriendo delante de nuestra puerta hasta nueva orden. Y quién sabe, quizá algún día incluso le permita barrer el despacho del señor director.

María – Gracias, señora...

Claude – Naturalmente, Crédito Solidario también espera de usted un pequeño esfuerzo para ayudarnos a conservar el empleo en este país. Porque sin empleo no hay poder adquisitivo; sin compras no hay confianza; y sin confianza no hay empleo. Es el círculo vicioso de la estanflación. ¿Me sigue?

María – Lo intento, señora...

Claude – Todo esto le queda grande, claro, mi pobre María, pero puede confiar en mí... Voy a intentar explicárselo mejor... A cambio de conservar su empleo, Crédito Solidario le propone una reducción salarial del treinta por ciento. Supongo que le parecerá razonable, ¿verdad?

María – ¿Un treinta por ciento?

Claude – Un tercio escaso, si lo prefiere.

María – ¿Un tercio menos?

Claude – Hombre, ¡no va a ser más! Tal como están las cosas, ni siquiera abundan los trabajos de limpieza, María. Pronto, para barrer en un banco, aunque sea en negro, pedirán una carrera universitaria. Y quizá también un buen enchufe y pasar por la cama de alguien... ¿Tiene usted el bachillerato, María?

María – No, señora...

Claude – Imagino que tampoco tiene contactos en las altas esferas...

María – No, señora...

Claude – Y en cuanto a lo de pasar por la cama de alguien, querida María, sin ánimo de ofenderla, tampoco estoy segura de que juegue con todas las cartas a su favor... Así es la vida... Una gran lotería... Y ni siquiera Crédito Solidario puede cambiarlo... Hay quien nace en Suiza, con un apellido kilométrico y un físico privilegiado, y hay quien... En fin, reconocerá que nuestra propuesta es más que generosa... ¿Qué opina?

María – ¿Qué opino, señora?

Claude – Sí, María... No es imprescindible que tenga una opinión, pero la escucharé de todas formas. Al fin y al cabo, seguimos viviendo en democracia...

María parece reflexionar.

María – Lo que opino...

Claude – Algo tendrá que opinar...

María – Pues sí, algo opino, señora... (*Levanta la escoba para golpearla*). ¡Esto es lo que opino, señora!

Claude – ¡María! ¿Se ha vuelto loca?

María persigue a Claude con la escoba hasta salir de escena.

Claude – ¡Vamos, María, tranquilícese! ¡Y solo era una propuesta! Nosotros también creemos en el diálogo social...

Se oyen los gritos de Claude entre bastidores.

Claude – ¡Ay... Ay...! ¿Un veinte por ciento?

María – ¿Quiere probar otra vez mi escoba?

Claude – ¿Un diez por ciento?

María – ¿Un diez por ciento de subida?

Claude – Bueno, es que...

Vuelven las dos a escena. María mantiene a Claude a raya con la escoba, dispuesta a golpearla de nuevo.

Claude – Muy bien, María... Hay que saber cerrar una negociación, y he comprendido que su propuesta precisamente no es negociable... Trato hecho... Crédito Solidario le sube el sueldo un diez por ciento...

María – Muy bien, señora.

Claude – Pero dígame, María, es usted una negociadora durísima... Nosotros también sabemos valorar las virtudes de nuestros empleados... Y desde luego carácter no le falta...

María – Gracias, señora...

Claude – ¿Le apetecería hacer un pequeño curso de formación, pagado por la empresa, para incorporarse a nuestro departamento de recobros? Como ya le he dicho, estamos en crisis y cada vez hay más morosos...

María – ¿Otro escobazo, señora?

Claude se aleja con prudencia.

Claude – Olvidemos el asunto, María. La dejo trabajar...

María – Gracias, señora.

Claude sale bajo la atenta mirada de María, que no le quita ojo.

Puede incluirse un intermedio musical, cantado o coreografiado. Por ejemplo, inspirado en el teatro de títeres: Claude vuelve al ataque de manera un poco mecánica y María la emprende a escobazos con ella, como un muñeco apaleando al guardia. Salen Claude y María.

Oscuro.

Entra Dominique, la asistente, caricatura de secretaria afectada y servicial, con un expediente en la mano. La sigue Jerónimo, claramente incómodo con el traje estrecho y la corbata deslucida que supuestamente deben darle aspecto de ejecutivo.

Dominique – Por aquí, por favor... Este es su despacho, estimado señor.

Jerónimo (*asombrado*) – ¿Mi despacho? ¿Está segura?

Dominique – Ya sé que es un poco austero. Pero si quiere darle un toque de alegría colgando algunos cuadros...

Jerónimo – ¿Por qué no...?

Dominique – Eso sí, le desaconsejo poner macetas o jarrones.

Jerónimo – Ah, ya...

Dominique – En resumen, cualquier cosa que alguien pueda sentir la tentación de tirarle a la cabeza.

Jerónimo (*sorprendido*) – Naturalmente...

Dominique – Por supuesto, tampoco conviene dejar sobre la mesa un abrecartas, ni siquiera una grapadora.

Jerónimo – Mi mujer tampoco soporta que deje mis cosas por cualquier sitio...

Dominique – En fin, nada que pueda utilizarse como arma.

Jerónimo la mira con inquietud.

Dominique – Claude se lo explicará.

Jerónimo – ¿Claude...?

Dominique – La responsable del departamento. Fue quien le contrató. Ahora no está, pero debe de estar al llegar...

Jerónimo – Muy bien... ¿Y a qué se dedican ustedes...?

Dominique – Gestión patrimonial.

Jerónimo – Ya...

Dominique – Digamos que ayudamos a los ricos a hacerse todavía más ricos.

Jerónimo – Noble misión... ¿Y funciona?

Dominique – No siempre, por desgracia... En parte, por eso está usted aquí, ¿no?

Jerónimo – ¿Ah, sí? La verdad es que no lo tengo muy claro. Me manda la oficina de empleo... Pero ¿seguro que no se trata de un error?

Dominique – ¿Un error? ¡Qué ocurrencia! ¿Por qué iba a ser un error?

Jerónimo – Es que tengo la impresión de que no encajo demasiado en...

Dominique – No hay ningún error, tranquilícese, señor Carpintero.

Jerónimo – Carpentier...

Dominique – Tengo aquí su expediente, y su perfil encaja perfectamente con lo que Claude espera de la persona que ocupe este puesto...

Jerónimo – Mi perfil... Ni siquiera sabía que tenía uno... Normalmente, a los posibles empleadores no les interesa demasiado...

La asistente abre el expediente y lo hojea.

Dominique – A ver... Es usted actor y lleva unos dos años en paro...

Jerónimo – Casi tres, en realidad...

Dominique – El psicólogo del servicio de empleo lo describe como apático, resignado, con tendencia a sentirse culpable y a infravalorarse...

Jerónimo – ¿Y ese es el perfil que buscan para este puesto?

Evidentemente, Dominique prefiere no responder.

Dominique – Luego le daré sus vales de comida. ¿Le apetece un café, señor Carpintero?

Jerónimo – Gracias, pero siempre me da miedo que luego no me deje dormir... Quiero decir... dormir por la noche.

Dominique – Muy bien. Si necesita algo, estoy en el despacho de al lado. Solo tiene que pulsar el botón del interfono.

Jerónimo – Ah, ¿hay un...? Como en esas películas antiguas en blanco y negro...

Le señala el botón del teléfono.

Dominique – Pues este es en color, como ve... El botón verde.

Jerónimo – Perfecto...

Dominique – El botón rojo solo debe pulsarlo en caso de extrema urgencia.

Jerónimo intenta bromear para aliviar la tensión.

Jerónimo – Entiendo... La señal de alarma...

Dominique – Exactamente... Pero cuidado, como en los trenes de alta velocidad: cualquier uso indebido será severamente castigado...

Él no sabe si está bromeando.

Dominique – Le dejo instalarse.

Jerónimo – Gracias...

Dominique sale. Jerónimo mira a su alrededor, sin saber muy bien qué hacer. Se detiene ante el retrato del hombre colgado sobre la mesita y lo contempla perplejo. Luego observa lo que cree que es un termo, lo coge y vacila.

Jerónimo – A lo mejor sí que debería tomarme un café, para espabilarme un poco... *(Vuelve a mirar a su alrededor)*. No hay taza... *(Desenrosca la tapa)*. Quizá la tapa haga de taza... *(Vierte en ella el contenido del supuesto termo, pero lo que sale son cenizas)*. ¡Mierda! ¿Y esto qué es?

Dominique vuelve a entrar. Jerónimo intenta volver a enroscar la tapa apresuradamente, pero derrama las cenizas. Se levanta una nubecilla que intenta disipar con la mano. Dominique lo mira con desaprobación. Él parece un niño pillado en falta.

Jerónimo – Lo siento, yo... Pero ¿qué es este cacharro? ¿La lámpara de Aladino? Creí que saldría un genio a concederme tres deseos.

Dominique – Créame, ahí dentro no hay ningún genio. Pero le recomiendo que no lo toque... *(Con mirada inquietante)*. A Claude no le gustaría nada... *(Recobra su sonrisa profesional y le tiende unos vales)*. Aquí tiene sus vales de comida...

Jerónimo – Gracias...

Dominique *(al salir)* – Por cierto, Claude ha llamado. Se retrasará un poco.

Jerónimo – Muy bien.

Dominique sale. Cada vez más incómodo, Jerónimo da una vuelta por el despacho y trata de sentarse en el sillón. Sorprendido por lo hondo que es, se incorpora y adopta una postura más digna. Apoya los codos en la mesa e intenta parecer un director. Descuelga el teléfono para darse importancia. Trata de moverlo, pero descubre que está fijado a la mesa. Sin más ideas, bosteza y se pone cómodo apoyando los pies en la mesa. Al cabo de un rato empieza a dormitar. El timbre estridente del teléfono lo despierta sobresaltado y se cae del sillón. Se levanta y consigue contestar.

Jerónimo – ¿Sí...? No, no... Sí, sí, pásemela, gracias... Hola, cariño... Sí, sí, todo va bien, no te preocupes... (*Intentando bromear*). De momento todavía no me han echado... Claro que aún no he visto a la jefa de departamento... En realidad, todavía no he empezado a trabajar... ¿Qué tengo que hacer? Mira, ni siquiera se me ha ocurrido preguntarlo... Supongo que Claude me lo explicará... Sí, así se llama la jefa... No sé si es su nombre o su apellido... Vale, te llamo en cuanto sepa algo más... ¡Que sí, mujer, no te enfades! Luego te llamo. Un beso.

Cuelga, vacila un instante y pulsa el botón verde del interfono.

Jerónimo – ¿Dominique? Soy Jerónimo... Sí, el Jerónimo que está en el despacho de al lado... Muy bien, perdone, ya sé que no hace falta que me presente cuando uso el interfono... Solo quería preguntarle si... Bueno, al final sí que me tomaría un café, si no le importa... ¿Cuántos azucarillos? Pues... tres, si no es abusar. Muchas gracias, Dominique...

Un segundo después, Dominique entra con el café.

Jerónimo – Vaya... ¡Qué rapidez! Es usted más eficaz que el genio encerrado en ese termo...

Dominique lo mira de reojo antes de dejarle el café sobre la mesa, recuperando su expresión amable.

Dominique – ¿Desea algo más?

Jerónimo – No, gracias, nada más... (*Dominique se dispone a salir*). Bueno, sí... (*Dominique se vuelve*). ¿Puedo hacerle una pregunta?

Dominique – Adelante...

Jerónimo – ¿En qué consiste exactamente mi trabajo?

Dominique – ¿Su trabajo?

Jerónimo – ¿Qué se supone que tengo que hacer?

Dominique – ¿Hacer?

Jerónimo – No me pagarán por no hacer nada, ¿verdad? No es que me escandalizara demasiado, pero...

Dominique – Está aquí para prestar un servicio, señor Carpintero.

Jerónimo – ¿Qué clase de servicio?

Dominique – Digamos que se ocupa del servicio posventa.

Jerónimo – No sabía que en un departamento de gestión patrimonial...

Dominique – Claude se lo explicará mucho mejor que yo.

Jerónimo – Bueno...

Dominique – ¿Algo más que quiera saber, señor Carpintero?

Jerónimo – Eh, no... Bueno, sí... ¿Quién es ese señor, el del cuadro que está encima del termo?

Dominique – ¿El termo?

Jerónimo – ¡El de la foto!

Dominique – Ah... Él...

Jerónimo – ¿Es el empleado del mes?

Dominique – Es su predecesor.

Jerónimo – ¿Y dónde está ahora?

Dominique – En el termo.

Jerónimo – ¿Cómo dice?

Dominique – Es una urna funeraria.

Jerónimo – Ah, claro... Vaya... ¿Y de qué murió ese buen hombre? Digo yo que algo especial tendría para que le hayan montado este pequeño santuario...

Dominique – Murió en el ejercicio de sus funciones.

Jerónimo – ¿Sus funciones?

Dominique – Las mismas que pronto serán las tuyas.

Jerónimo – El servicio posventa.

Dominique – Eso es.

Jerónimo – ¿Un accidente laboral?

Dominique – Podría llamarse así. ¿Algo más?

Jerónimo (*aturdido*) – De momento creo que nada más...

Dominique sale. Jerónimo se planta ante el retrato y lo mira de otro modo, bastante inquieto. Después coge la urna con mucho cuidado.

Jerónimo – Entonces no eran posos de café...

El gran botón rojo empieza a parpadear y suena una alarma. Jerónimo, presa del pánico, ni siquiera tiene tiempo de descolgar. Una mujer con aspecto de ejecutiva entra como un vendaval en el despacho. La alarma cesa.

Claude – Así que es usted.

Jerónimo – Sí, bueno... ¿Yo?

Le suelta una bofetada nada más entrar.

Claude – Tome, para empezar.

Jerónimo (*pasmado*) – Buenos días, señora...

Claude – O es usted un estafador o es un inútil. ¿Qué me dice?

Jerónimo – ¿Qué le digo de qué?

Claude – ¿Es un sinvergüenza o un incompetente?

Jerónimo – Yo... No lo sé... ¿Tengo que elegir obligatoriamente?

Claude – ¿No se le ocurre nada más que decir?

Jerónimo – Es que...

Claude – ¿Quiere otra?

Jerónimo – Eh, no... Si podemos evitarlo...

Claude – ¿Sabe cuánto va a costarme todo esto?

Jerónimo – Lo siento muchísimo...

Claude – ¡Lo siente muchísimo! ¡Pero bueno, se está burlando de mí!

Jerónimo – Le aseguro que...

Claude – Y seguro que ahora me dirá que no tiene la culpa.

Jerónimo – Yo no diría tanto, pero...

Claude – Que ha tenido mala suerte, ¿no?

Jerónimo – Es verdad que... Pero ¿de qué me está hablando exactamente?

Claude – Claro, hágase el inocente...

Jerónimo – Discúlpeme.

Claude – Y ahora, ¿qué hacemos?

Jerónimo – No lo sé...

Claude – ¿Tiene alguna solución que proponerme?

Jerónimo – Ninguna...

Claude – Es usted un pobre hombre.

Jerónimo – Sí, mi mujer me lo dice a menudo...

Claude – Y claro, todo esto no le quitará el sueño, ¿verdad?

Jerónimo – ¿Le puedo ofrecer un café?

Claude – ¡Lo que faltaba! Pero no conseguirá ablandarme.

Jerónimo – Le aseguro que no era mi intención...

Claude – Y esto no se lo llevará al paraíso, créame.

Jerónimo – Se lo prometo...

Claude (*cambiando de tono*) – Qué expresión tan curiosa, ¿no le parece?

Jerónimo – ¿Qué expresión?

Claude – Eso de «no se lo llevará al paraíso»... Cuando uno llega al paraíso, ¿qué puede querer llevarse, si ya está en el paraíso?

Jerónimo – Sí... Supongo que allí ya tendrán de todo...

Claude (*recomponiéndose*) – ¡Pero no intente cambiar de tema!

Jerónimo – Perdona, yo...

Claude – Es usted un cretino.

Jerónimo – Es que... Acabo de empezar y...

Claude – ¿Quiere decir que acaba de empezar a ser cretino?

Jerónimo – Sí, algo así...

Claude – ¡Pues le auguro una carrera brillante!

Jerónimo – Gracias...

Claude – Nos volveremos a ver, querido señor... Y antes de lo que cree...

Jerónimo – Será un placer, querida señora...

Claude – ¡Y encima se ríe de mí!

Claude vacila, como si buscara algo. Se dirige al retrato, lo descuelga y lo estrella contra la cabeza de Jerónimo. Sale hecha una furia. Jerónimo permanece atónito, con el marco alrededor de los hombros. Dominique regresa como si nada para recoger la taza vacía.

Dominique – ¿Todo bien, Jerónimo?

Jerónimo – Eh, sí, gracias...

Dominique – ¿Otra taza de café?

Jerónimo – Gracias, ya estoy bien...

Dominique lo mira y advierte que lleva el marco colgado de los hombros.

Dominique – ¿Me permite? (*Se acerca, le quita el marco y lo cuelga de nuevo en su sitio*). No se preocupe, lo sustituiremos. Estamos acostumbrados.

Jerónimo – ¿Acostumbrados? Pero ¿quién era esa loca?

Dominique – Ah, eso... Pues era... su primera cita.

Jerónimo – ¿Mi primera cita?

Dominique – Claude se lo explicará...

Jerónimo – ¡No, basta ya! ¡Claude no me va a explicar absolutamente nada! ¡Yo no he venido aquí para que me den una paliza!

Dominique – Pero... sí, claro.

Jerónimo – ¿Cómo?

Dominique – Para eso está aquí, señor Carpintero. Igual que su predecesor.

Jerónimo – ¿Para que me insulten y me den bofetadas?

Dominique – Son los riesgos del oficio...

Jerónimo – ¿Qué oficio?

Dominique – ¡Ese por el que va a cobrar un sueldo!

Jerónimo – ¿Y si no estoy de acuerdo?

Dominique – No pretenderá que le paguemos por no hacer nada, señor Carpintero. Sea razonable... Le recuerdo que no tiene ninguna cualificación. Es actor...

Jerónimo – Muy bien, pues dimito... No pienso quedarme ni un minuto más en este manicomio...

Dominique – Por favor, espere al menos a que vuelva Claude. Ah, mire, precisamente llega ahora...

Entra Claude, que también era la cliente que acaba de abofetear a Jerónimo.

Jerónimo (*estupefacto*) – ¿Usted es Claude?

Claude (*con extrema amabilidad*) – Encantada, estimado señor.

Dominique – Les dejo...

Jerónimo – No entiendo nada... Es una pesadilla...

Claude – Perdóneme esta pequeña representación, pero en realidad era una última prueba en condiciones reales. Antes de su bautismo de fuego...

Jerónimo – ¿Mi bautismo de...?

Claude – Considérela la última prueba de selección. ¡Y la ha superado con nota, por cierto! ¡Enhorabuena, señor Carpintero!

Jerónimo – Gracias, pero... ¿Podría explicarme de una vez en qué consiste mi trabajo? Su asistente no ha querido decírmelo...

Claude – Es muy sencillo. Lo entenderá enseguida. Sé que es usted una persona inteligente, señor Carpintero, aunque tenga cara de idiota y ningún título que demuestre lo contrario.

Jerónimo – Fui oyente en una escuela de interpretación...

Claude – Y créame, eso puede ayudarle mucho en sus nuevas funciones... Como sabe, este departamento gestiona grandes fortunas.

Jerónimo – Sí...

Claude – Es decir, nos encargamos de hacer crecer los ahorros de nuestras clientas ricas vendiéndoles toda clase de productos financieros, unos mejores que otros.

Jerónimo – ¿Solo clientas?

Claude – Se sorprendería si supiera qué parte de la riqueza de este país está en manos de viudas. ¿Ha oído hablar de los fondos de pensiones?

Jerónimo – Vagamente...

Claude – Son los ahorros destinados a la jubilación y, como las mujeres suelen vivir más años, entre quienes los perciben hay muchas viudas.

Jerónimo – Ya veo...

Claude – Ahora comprenderá por qué cuidamos especialmente a nuestra clientela femenina.

Jerónimo – Claro...

Claude – Y además, las mujeres tienen para nosotros la inmensa ventaja de no entender absolutamente nada de las inversiones que les ofrecemos.

Jerónimo – No estoy seguro de que yo mismo...

Claude – No se preocupe. Le confieso que yo tampoco entiendo demasiado. De hecho, hace tiempo que nadie entiende nada... Al menos desde que murió mi marido...

Jerónimo – ¿Es viuda?

Señala el retrato de la pared.

Claude – Por desgracia... Mi querido esposo nos dejó hace ya algún tiempo...

Jerónimo – Ah, ¿entonces ese es su...?

Claude mira el retrato y descubre los desperfectos.

Claude – ¿Pero qué le ha pasado?

Jerónimo – Iba a preguntarle lo mismo...

Claude – Ah, sí, claro... Antes me dejé llevar un poco... Ya sabe cómo es esto... Usted es actor... Cuando uno se mete de lleno en el personaje... En fin, nuestra clienta típica es la viuda con ahorros de toda la vida, como decimos en el oficio.

Jerónimo – Muy bien...

Claude – Pero la bolsa es como el casino: a la larga, la banca siempre gana. El cliente no puede ganar siempre. Y eso es lo que a nuestra viuda ahorradora le cuesta entender. ¿Me sigue?

Jerónimo – Lo intento.

Claude – Y por mucho que se diga, estimado señor, incluso para los ricos estamos en crisis.

Jerónimo – Por supuesto...

Claude – Y cuando los ricos son menos ricos, su banco también se empobrece.

Jerónimo – Es lógico.

Claude – Entre nosotros, estamos al borde de la quiebra...

Jerónimo – ¿Ah, sí?

Claude – Evidentemente, una vez más los contribuyentes vendrán a rescatarnos, así que para nosotros tampoco es tan grave... Hemos pasado por otras, ¿verdad?

Jerónimo – Si usted lo dice...

Claude – Pero nuestra viuda ahorradora no volverá a ver su dinero. Se comprende que necesite desahogarse.

Jerónimo – Es normal.

Claude – Descargar la rabia contra alguien en concreto.

Jerónimo – Ya, ya...

Claude – Y ahí es donde entra usted...

Jerónimo – ¿Yo?

Claude – Piense que es una especie de sparring para millonarios arruinados a los que de pronto les entran unas ganas irresistibles de golpear a alguien.

Jerónimo – Yo más bien diría que soy un saco de boxeo...

Claude – ¡Vamos, Jerónimo! ¡Un hombre hecho y derecho como usted! Al fin y al cabo, ¡son mujeres indefensas!

Jerónimo – No, de verdad, creo que no soy la persona adecuada...

Claude – Le recuerdo que ha firmado un contrato, señor Carpintero...

Jerónimo – ¿Y por qué no recibe usted misma a esas clientas a las que ha arruinado?

Claude – Porque, como directora de esta sucursal, represento la continuidad de la institución financiera. Soy responsable de todo, pero, como un ministro de Sanidad o un alto cargo religioso, no puedo ser culpable de nada sin poner gravemente en peligro la credibilidad de los que están por encima de mí. Está en juego la supervivencia de esta empresa, señor Carpintero. ¡Qué digo! ¡De la sociedad entera! No se puede responsabilizar al Altísimo de nada. Tiene que pagar quien está en el

último peldaño. Y lo más bajo que hemos encontrado en la escala de los homínidos, Jerónimo, pero a quien aún se le puede poner un traje sin tener que alargarle los brazos, ¡es usted! ¡Un actor en paro!

Jerónimo – ¿Y su marido?

Claude – Mi marido tenía una hermosa cara de idiota, un poco como la suya.

Jerónimo – Ya veo...

Claude – Termine al menos el período de prueba. Después ya decidirá...

Jerónimo señala el retrato.

Jerónimo – Si sigo vivo...

Claude – Piense en su sueldo y en cómo está el empleo en este país... También para los pobres hay crisis, Jerónimo. Piense en su mujer. En sus hijos.

Jerónimo – No tengo hijos.

Claude – Piense en su mujer. En la cara que pondrá cuando vuelva esta noche a casa y le diga que, una vez más, lo han despedido el primer día...

Jerónimo – No me deja muchas opciones...

Claude – Estoy segura de que ha nacido para este puesto, señor Carpintero. Y créame, he visto pasar a muchos candidatos. Usted ya ha tocado fondo, Jerónimo. Desde donde está, solo puede subir. ¿Le han dicho alguna vez que tiene una cara que pide bofetadas?

Jerónimo – Sí, mi mujer me lo dice a menudo. Pero no estoy seguro de que lo diga como un cumplido...

Entra Dominique.

Dominique – Ha llegado la cita del señor... ¿Le digo que espere?

Claude – Vamos, pruebe una vez más. Ya verá. Estoy segura de que terminará gustándole.

Jerónimo – ¿Esto tampoco será una prueba, verdad?

Dominique – Ah, no, créame, esta sí es una clienta de verdad. Y no parece nada contenta...

Claude – Suerte, Jerónimo... Y recuerde: usted tiene la culpa de todo, pero no es responsable de nada...

Claude sale. Dominique se acerca a la mesita, da la vuelta al «termo» para ponerlo en su posición correcta, descuelga el retrato y sale con él. El botón rojo vuelve a parpadear y suena la alarma. Entra como una tromba Bernarda, una mujer de aspecto muy distinguido y acomodado.

Bernarda – ¡Será sinvergüenza! ¡Me han arruinado!

Jerónimo – Siéntese, por favor...

Bernarda mira alrededor, sorprendida.

Bernarda – ¡No hay silla!

Jerónimo – Es verdad... No me había dado cuenta.

Bernarda – Y si la hubiera, ¡se la rompería en la cabeza!

Jerónimo – Quizá por eso no hay ninguna...

Bernarda – Ya se enterará... (*Saca del bolso un revólver y le apunta*). Si cree en Dios, este es el momento de rezar su última oración.

Jerónimo (*con una mano sobre el teléfono*) – Me parece que este es el momento de pulsar el botón rojo...

Bernarda – Ahora ya no se hace tanto el gracioso, ¿eh?

Jerónimo – Cuidado, se lo suplico... Esas armas pueden dispararse solas...

Bernarda – ¡Perfecto, eso es lo que diré! ¡Se disparó sola, señor juez!

Jerónimo – Pero... ¿qué quiere usted de mí?

Bernarda – Quiero que me devuelva mi dinero.

Jerónimo – Eso, por desgracia, no está en mis manos, estimada señora. Se lo aseguro... Tengo la culpa de todo, pero no soy responsable de nada.

Bernarda – Muy bien, pues cargará también con mi muerte sobre su conciencia.

Se apunta a la sien. Él entra en pánico.

Jerónimo – Por favor, no haga eso... Al fin y al cabo, solo es dinero.

Bernarda – Tres millones de euros.

Jerónimo – Ah, bueno, eso ya es otra cosa...

Bernarda – ¡Apenas me queda con qué vivir!

Jerónimo – ¿Cuánto le queda?

Bernarda – Unos diez millones.

Jerónimo – Ah, bueno, eso ya es otra cosa...

Bernarda – Con diez millones ya no se va muy lejos, ¿sabe?

Jerónimo – Me imagino...

Entra Claude. Bernarda, sorprendida, retrocede y vuelve a apuntarse con el revólver a la sien.

Bernarda – ¡Ni un paso más o me vuelo los sesos!

Claude – Como responsable del departamento, estimada señora, quiero expresarle ante todo nuestra solidaridad.

Bernarda – ¿También económica?

Claude – Más bien psicológica. Escúcheme, Beatriz, ¿me permite llamarla Beatriz?

Bernarda – Si quiere, pero me llamo Bernarda.

Claude – Acaba de perder tres millones de euros y, naturalmente, está conmocionada.

Bernarda – Es verdad...

Claude – En realidad, está casi en el mismo estado mental que alguien que cobra el salario mínimo y acaba de ganar la lotería.

Bernarda – ¡Se está burlando de mí!

Claude – ¡Déjeme terminar! En el mismo estado, pero al revés: usted debe aceptar que ya no es tan rica como antes.

Jerónimo – Pero aún le quedan diez millones de euros...

Bernarda – ¡A usted nadie le ha preguntado! ¡Todo esto es culpa de su absoluta incompetencia en materia de inversiones! ¡Atrévase a negarlo!

Jerónimo – Yo... No...

Bernarda – ¿Lo ve? Él mismo lo reconoce. ¡Es un idiota!

Claude – Precisamente iba a eso, estimada señora. Somos perfectamente conscientes de las carencias de este ser fofo y viscoso que, lamentablemente, ha abusado tanto de nuestra confianza como de la suya.

Bernarda – Un calzonazos.

Claude – Y aunque, por razones legales bastante oscuras, no podamos despedirlo, nos aseguraremos de que reciba un castigo ejemplar.

Bernarda – ¿Ah, sí? ¿Y cómo?

Claude – Para empezar, estamos considerando los castigos corporales. ¿No le parece que este tipo tiene cara de pedir bofetadas?

Bernarda – Sí...

Claude le da una bofetada a Jerónimo por sorpresa.

Claude (a Bernarda) – Venga, usted también. No se corte... Ya verá cómo se desahoga...

Bernarda – ¿Usted cree?

Claude – Confíe en mí, estimada señora.

Bernarda también le da una bofetada a Jerónimo.

Claude – ¿Qué tal?

Bernarda – Es verdad que sienta bien...

Jerónimo – ¡Pues a mí no me sienta nada bien!

Claude – Incluso me pregunto si no estará poseído por el demonio de las finanzas...

Claude esgrime un crucifijo hacia Jerónimo.

Claude – ¡Espíritu de la especulación, sal de este cuerpo inmediatamente! Suele funcionar, aunque los efectos no siempre se notan al momento...

Bernarda – ¿Y no deberíamos quemarlo, por si acaso? Como hacían antiguamente con las brujas...

Claude – En cualquier caso, a largo plazo podríamos plantearnos la incineración...

Suena el móvil de Bernarda, que responde.

Bernarda – ¿Sí? Ah, sí, disculpe... No, no, estaré allí dentro de una media hora... Gracias, hasta luego... (*Guarda el móvil*). Perdonen, era mi peluquero. Se me había olvidado que tenía cita esta mañana. Estaba tan disgustada...

Claude – Y es perfectamente comprensible...

Bernarda – Tengo que irme... ¿Sabe lo que cuesta conseguir cita con un peluquero como es debido? Y mañana se casa mi hija. Qué pena que mi marido no pueda verlo.

Jerónimo – ¿Y por qué no?

Bernarda – ¡Porque está muerto! (*A Jerónimo*). Usted ya se enterará... (*A Claude*). Gracias, tenía razón, me he quedado mucho más tranquila...

Claude – Siempre a su disposición, estimada señora.

La clienta se marcha.

Claude – Pues no ha ido tan mal, ¿verdad? Para ser su bautismo de fuego... Enhorabuena, ha salido muy airoso.

Jerónimo (*frotándose la mejilla*) – ¿Usted cree?

Claude – Al menos, ha salido... Cuando vienen con tendencias suicidas, hay que canalizar sus impulsos autodestructivos y transformarlos en una agresividad positiva dirigida hacia los demás...

Jerónimo – Y los demás soy yo...

Claude – Estoy muy contenta con usted, Jerónimo. Si sigue así, dentro de tres meses tendrá contrato indefinido.

Jerónimo – No sé yo... ¿Pero no lo ha visto? ¡Ha estado a punto de matarme!

Claude – Pero no lo ha hecho.

Jerónimo – ¡Y me ha dado una bofetada! ¡Usted también!

Claude – Voy a ser sincera con usted, señor Carpintero.

Jerónimo – Carpentier.

Claude – Con esa cara de perdedor y ese currículum que parece el menú de un comedor social, ¿a qué puede aspirar en la vida?

Jerónimo – A poca cosa, ya lo sé...

Claude – Imagino que en los anteriores trabajos que ha tenido, le habrán echado muchas broncas injustamente, ¿verdad?

Jerónimo – Los anteriores trabajos que he tenido...

Claude – Con esa cara de pedir bofetadas, seguro que durante sus estudios sus profesores le dieron más de un sopapo, ¿verdad?

Jerónimo – Mis estudios...

Claude – Pues aquí, al menos, le pagarán por ello. Y, en secreto, gozará de la máxima consideración por parte de sus superiores.

Jerónimo – ¡Me estoy jugando el pellejo!

Claude – ¡Por eso lo consideraremos un héroe, Jerónimo! ¡Qué digo, casi una divinidad! Con esa cara de santurrón, apostaría que también fue monaguillo, ¿me equivoco?

Jerónimo – No...

Claude – ¡Entonces acuérdesese! ¡Yo soy el Cordero de Dios que carga con los pecados del mundo! Asumiendo todas las faltas de nuestra sociedad, será usted nuestro Jesucristo, Jerónimo. Hasta tiene las mismas iniciales. ¡Es una señal!

Jerónimo – ¿Las iniciales?

Claude – ¡JC! ¡Jerónimo Carpintero!

Jerónimo – Carpentier.

Claude – Bueno, eso no cambia las iniciales, ¿verdad?

Jerónimo – No...

Claude – En verdad le digo, señor Carpintero, que estaba predestinado a ocupar este puesto de cabeza de turco. ¡Bienvenido a la casa!

Sale. Jerónimo se desploma en el sillón. Bernarda vuelve con Claude. Él se levanta.

Bernarda – Una última cosa...

Jerónimo – Usted dirá...

Bernarda – Es usted un auténtico calzonazos.

Bernarda le da otra bofetada.

Claude – ¡Venga, Jerónimo, ponga la otra mejilla!

Jerónimo, como en trance, obedece. Bernarda vuelve a abofetearlo.

Bernarda – Es verdad que sienta bien...

Claude – ¿Lo ve? También puede darle una buena patada en el trasero, si le apetece.

Bernarda – ¿De verdad?

Claude – ¿Jerónimo?

Jerónimo (*volviéndose*) – ¿Sí?

Bernarda aprovecha para darle una patada en el trasero.

Bernarda – Ah, sí, qué alivio...

Claude – Adiós, estimada señora. No la acompaño, ¿sabe por dónde se va? Vuelva cuando quiera. ¡Está usted en su casa!

Bernarda se marcha.

Claude – Ya se ha encariñado con usted...

Jerónimo – ¿Cree que volverá muy a menudo?

Claude – Me recuerda a mi marido, Jerónimo. Quién sabe, quizá acabe casándome con usted.

Jerónimo – Pero si ya estoy casado...

Claude – En cualquier caso, enhorabuena. Estoy muy contenta con usted. Ya se ha convertido en un auténtico felpudo.

Jerónimo – Gracias.

Claude – Ya verá, acabará cogiéndole el gusto.

Jerónimo – A ver... Lo de las bofetadas, todavía, pero un disparo... Puede que sea un felpudo, ¡pero no quiero acabar agujereado como un colador!

Claude – También hay inspectores de trabajo a los que les disparan, y sin embargo sigue habiendo candidatos... ¡Estamos en crisis, Jerónimo! Aquí, al menos, solo manejan armas pequeñas. Pistolas que caben en un bolso de lujo...

Jerónimo – Como se nota que usted no está en mi lugar...

Claude – Qué gracioso es, Jerónimo... ¡Naturalmente, si le pago precisamente para ocupar mi lugar! Mire, me cae simpático, así que le haré una propuesta: una prima por cada par de bofetadas y un plus por cada herida de bala. ¿Qué le parece?

Jerónimo – Preferiría un chaleco antibalas.

Claude – Vamos, señor Carpintero... Los mejores funambulistas trabajan sin red. Esa es la grandeza de su oficio. ¡Usted es artista, Jerónimo!

Claude sale. Suena el teléfono.

Jerónimo – Ah, sí, cariño, eres tú... ¿Que tengo una voz rara? No, no, todo va bien... Mira, esto es una especie de... Es un poco difícil de explicar... Acabo de atender a mi primera cliente... Pues bastante bien... Según mi jefa, por lo menos... Pues sí, ¿por qué no? Justo me acaban de dar los vales de comida... De acuerdo,

hasta luego... (*Cuelga*). No me puedo creer que haya dicho que todo va bastante bien...

Dominique vuelve, esta vez con una bata blanca, como una enfermera. Lleva un vaso, que deja sobre la mesa.

Dominique – Bueno, Jerónimo, ¿todo en su sitio?

Jerónimo – Sí, creo que sí...

Dominique – De todas formas, voy a hacerle una exploración. Una simple revisión rutinaria, no se preocupe. Levántese, por favor.

Jerónimo se levanta. Dominique lo examina superficialmente con algunos instrumentos médicos que lleva colgados del cuello o en los bolsillos de la bata.

Dominique – Abra la boca y saque la lengua, por favor... Gracias... Inclínese un poco hacia delante y diga «treinta y tres millones»... Perfecto... Creo que aún está en condiciones de seguir en activo... Enhorabuena... (*Le ofrece una pastilla y el vaso de agua*). Tome, trague esto, le sentará bien...

Jerónimo – No será veneno, ¿verdad?

Dominique – Pero bueno... ¿Por qué iba yo a envenenarle?

Él se traga la pastilla sin protestar.

Jerónimo (*señalando hacia la mesita*) – ¿Y ese de qué murió?

Dominique – ¿Ese?

Jerónimo – El del termo.

Dominique – ¿Qué le hace pensar que hay alguien encerrado en ese termo?

Jerónimo – ¡Usted me lo dijo antes!

Dominique – ¿Yo le dije que había alguien encerrado en ese termo?

Jerónimo – ¡Pero si NO es un termo!

Dominique – Entonces, ¿por qué dice que hay alguien encerrado dentro?

Dominique coge el vaso vacío, se acerca al termo y, como por arte de magia, lo llena de café ante la mirada atónita de Jerónimo.

Dominique – ¿Un cafecito para quitarle el sabor de la medicina?

Jerónimo – No, gracias...

Dominique – Bueno, entonces me lo tomaré yo. (*Se bebe el café*). ¿Ve? Tampoco es veneno... Aunque es verdad que ya está un poco frío...

Jerónimo se queda pasmado, empezando a dudar de su propia cordura. Entra Marina, una mujer de aspecto corriente y poco elegante. Marina puede ser interpretada por la misma actriz que hace de Bernarda.

Dominique – Ah, tiene otra visita... (*Aparte*). Y tampoco parece venir de buen humor...

Jerónimo – Es mi mujer.

Dominique – Muy bien, se la dejo... Quiero decir, los dejo...

Dominique sale. Marina observa cómo se aleja, recelosa.

Marina – ¿Tienes una asistente para ti solo?

Jerónimo – Increíble, ¿verdad?

Marina – ¿Y despacho propio?

Jerónimo – No está mal, ¿eh?

Marina – ¡Lo ves! ¡Hice bien en insistir en que dejaras el teatro y buscaras por fin un trabajo de verdad!

Jerónimo – Sí...

Marina – Bueno, ¿qué tal te va?

Jerónimo – Mira... La verdad es que no sé qué decirte.

Marina – No van a quedarse contigo, ¿a que no?

Jerónimo – No, soy yo... No estoy seguro de querer quedarme...

Marina – ¡No estarás hablando en serio!

Jerónimo – No vas a creértelo, pero... Allí me dan caña.

Marina – ¿Que te dan caña? ¡Pues anda que a mí! Mi jefe también me da caña.

Jerónimo – ¿Ah, sí?

Marina – Mis compañeros me dan caña. Mis clientes me dan caña. ¡Todo el mundo me da caña! ¡Pero hay que ganarse la vida!

Jerónimo – Ya, pero cuando digo que me dan caña, quiero decir... que me pegan de verdad, ¿entiendes?

Marina – ¿Que te pegan de verdad?

Jerónimo – ¡Me dan bofetadas!

Marina – Ah, sí...

Jerónimo – ¡Patadas en el culo!

Marina – ¿Y eso es todo lo que se te ha ocurrido?

Jerónimo – ¿Para qué?

Marina – ¡Para escaquearte otra vez!

Jerónimo – ¡Que no!

Marina – Te aviso, Jerónimo, es tu última oportunidad. Si no eres capaz de conservar este trabajo, esta vez te dejo.

Jerónimo – No te pongas así, cariño, lo decía por decir... Era una manera de hablar... Claro que sí, voy a quedarme con el trabajo...

Marina – Muy bien... ¿Me lo prometes?

Jerónimo – Por la cabeza de... Mira, por la de mi predecesor...

Marina – Bueno, te dejo... Tengo que salir corriendo...

Jerónimo – ¿No comes conmigo? ¡Te he dicho que tengo vales de comida!

Marina – Lo siento, otro día. Se me había olvidado que había quedado para comer con mi madre.

Jerónimo – ¿Ah, sí?

Marina – Hoy es lunes, Jerónimo... Todos los lunes como con mi madre...

Jerónimo – Claro... Perdona que no me acordara...

Marina – Bueno, mucho ánimo...

Jerónimo – Tú también...

Marina se dispone a salir, pero se vuelve.

Marina – Ah, por cierto... ¿Me das tus vales de comida? Total, tú no vas a usarlos...

Jerónimo – Claro, cariño, aquí tienes.

Jerónimo le entrega el talonario.

Marina – Gracias. Bueno, me voy. ¿Hasta esta noche?

Jerónimo – Sí.

Marina – Y que aproveche, de todas formas.

Dominique vuelve con un montón de cartas.

Dominique – No parece fácil tratar con la señora Carpintero...

Jerónimo – Hay que saber llevarla...

Dominique – Tome, aquí tiene su correo.

Deja las cartas sobre su mesa.

Jerónimo – ¿También recibo correspondencia?

Dominique – ¡Por supuesto!

Él echa un vistazo a los sobres.

Jerónimo – ¿Qué es esto?

Dominique – Cartas de insultos, principalmente. También amenazas, claro... Algún sobre bomba, pero muy de vez en cuando. Y no está obligado a abrirlas, ¿eh? ¿Quiere que se las retire ahora mismo?

Jerónimo – Sí, muchas gracias...

Dominique – Muy bien, señor Carpintero... Si me permite, abriré una o dos antes de mandarlas a nuestro servicio de desactivación de explosivos. A veces son divertidísimas. Sé que no debería, pero nunca resisto la tentación de leer alguna...

Dominique recoge las cartas y sale. Jerónimo se desploma en el sillón e intenta relajarse un poco. Se oye una explosión.

Jerónimo – La curiosidad mató al gato...

Pero Jerónimo apenas tiene tiempo de suspirar. El piloto rojo vuelve a parpadear y suena la alarma. Entra Magdalena, una mujer rica de modales algo vulgares. Magdalena puede ser interpretada por la misma actriz que hace de Bernarda y/o Marina.

Magdalena (*seca*) – Buenos días, señor.

Jerónimo – Buenos días, señora. ¿Prefiere abofetearme ya o insultarme un poco antes?

Magdalena (*sorprendida*) – La tentación es grande, con la cara que tiene, pero...

Jerónimo – No se corte. Le aseguro que me lo merezco.

Magdalena – No, de verdad, yo...

Jerónimo – ¡Pues deme al menos una buena patada en las espinillas! ¡Tengo que justificar el sueldo!

Magdalena – Escuche, no entiendo nada... Gracias a sus acertados consejos, he triplicado mi capital en dos años.

Le tiende la mano y él retrocede, creyendo que va a darle una bofetada.

Magdalena – Magdalena.

Él se recompone y le estrecha la mano.

Jerónimo – ¿Magdalena?

Magdalena – ¿Está resfriado?

Jerónimo – No, ¿por qué?

Magdalena – Ha dicho «Magdalena», como si se hubiera tragado una letra.

Jerónimo – Debo de tener la mejilla un poco hinchada...

Magdalena – En fin, yo venía precisamente a darle las gracias y...

Jerónimo – ¿A darme las gracias?

Magdalena – Mire, incluso le he traído unos caramelos...

Saca del bolso una caja de caramelos y se la ofrece. Él parece muy sorprendido, hasta que pierde los estribos. De un manotazo hace volar la caja y su contenido.

Jerónimo – ¡No quiero sus caramelos!

Magdalena – Perdón, si lo llego a saber le traigo bombones. ¿Le gusta el chocolate?

Jerónimo – ¡Me está haciendo perder el tiempo! ¿No lo entiende?

Magdalena – ¿Unas flores, entonces?

Jerónimo – ¿Cree que no tengo otra cosa que hacer?

Magdalena – No, claro, pero...

Jerónimo – ¿Y se ha parado a pensar en lo que está diciendo?

Magdalena – ¿El qué?

Jerónimo – ¡Ahora es tres veces más rica que antes! ¿Y qué ha hecho para conseguirlo?

Magdalena – Nada...

Jerónimo – ¿Y no le da vergüenza?

Magdalena – No...

Jerónimo – ¡Venga aquí!

Magdalena obedece. Jerónimo la sienta sobre sus rodillas y le da unos azotes en el trasero.

Jerónimo – ¿No le da vergüenza?

Magdalena – Sí, empiezo a sentirla...

Jerónimo – ¡Y ahora fuera de aquí!

Magdalena – Muy bien, señor Carpintero...

Magdalena sale, cabizbaja. Dominique entra precipitadamente, con la cara ennegrecida por la explosión de un sobre bomba.

Jerónimo – ¿Y ahora qué?

Dominique – Siento mucho el malentendido. Evidentemente, ha sido un error. Pero normalmente solo piden cita las clientas descontentas. Y, como ve, todavía estaba conmocionada...

Entra Claude. Dominique se escabulle.

Jerónimo – Estoy muy avergonzado. Creí que... Quizá me haya dejado llevar un poco...

Claude – Desde luego... (*Excitada*). No sabía que detrás de ese aire de perro apaleado se escondía un auténtico pitbull...

Jerónimo – No me despedirá por falta grave, ¿verdad? Mi mujer tiene mucho interés en que conserve este empleo.

Claude – ¿Despedirlo? ¡En absoluto! Por cierto, la clienta parecía encantada con su pequeña entrevista... Hasta está pensando en confiarnos el resto de sus ahorros.

Jerónimo – ¿Ah, sí?

Claude – Me pregunto si no debería ampliar sus competencias, Jerónimo.

Jerónimo – ¿Mis competencias...?

Claude – Pero antes, naturalmente, tendría que someterlo a otra pequeña prueba, para comprobar que tiene mano firme.

Empieza a desvestirse.

Claude (*desatada*) – Yo también gano dinero mientras duermo, Jerónimo... Me merezco un buen castigo...

Pulsa el botón rojo, que empieza a parpadear, y suena la alarma.

Oscuro.

Luz.

Claude se vuelve a vestir, mientras Jerónimo también se arregla un poco la ropa. Dominique entra con un retrato nuevo, que cuelga en la pared en lugar del anterior. Es un Cristo crucificado. Jerónimo se acerca al retrato y lo mira.

Jerónimo – ¡Pero si ese soy yo!

Dominique – Es usted el empleado del mes, Jerónimo.

Claude – ¿Contento?

Dominique – Su mujer estará orgullosa de usted, señor Carpintero.

Jerónimo se queda desconcertado un momento.

Claude – Esa era la buena noticia, Jerónimo...

Jerónimo – ¿Porque hay una mala?

Claude – Acabamos de enterarnos. Nuestro banco acaba de ser declarado en quiebra.

Dominique – Las viudas arruinadas se agolpan a las puertas de la sucursal.

Claude – Tendremos que encontrar algo rápidamente para calmarlas...

Jerónimo – Ya veo... Me espera mucho trabajo...

Dominique – Me temo que esta vez no bastará, por desgracia.

Claude – Habrá que dar un golpe de efecto.

Dominique – Hacer un gesto simbólico.

Claude – Está en juego la supervivencia de todo nuestro sistema bancario, Jerónimo.

Jerónimo – Dígame que es una pesadilla...

Claude (*a Dominique*) – Vaya a buscar la hoz y el martillo...

Dominique – Querrá decir el martillo y los clavos.

Claude – ¿No he dicho eso?

Dominique sale.

Claude – Tendrá que ser valiente, Jerónimo.

El piloto rojo comienza a parpadear y suena la alarma.

Oscuro.

Luz.

Jerónimo duerme, desplomado en el sillón. Suena el teléfono y se despierta sobresaltado. Descuelga.

Jerónimo – ¿Sí...? Ah, ¿Dominique? Sí, sí, de acuerdo... No, no, estoy bien... Me quedé dormido un momento y tuve una pesadilla...

Se levanta, todavía aturdido, y se acerca a la mesita. Coge el termo.

Jerónimo – Necesito un buen café...

Desenrosca la tapa del termo y se dispone a servirse café en ella. Pero del interior parece salir un humo blanco que envuelve el escenario, bañado por una luz irreal, mientras se oye una voz en off que puede ser la de Claude.

Claude – Tiene derecho a pedir un deseo, señor Carpintero...

Jerónimo – En realidad me apellido Carpentier...

Claude – Disculpe...

Jerónimo – Pero normalmente son tres deseos, ¿no?

Claude – Estamos en crisis, señor Carpentier.

Jerónimo – Un solo deseo... Bueno, pues... ¿Puedo tomarme un café?

Oscuro.

Luz.

Jerónimo duerme, desplomado en el sillón. Marina entra en el despacho y lo descubre.

Marina – ¿Jerónimo?

Jerónimo – ¿Marina? ¿Qué haces aquí?

Marina – Le pedí a tu asistente que me anunciara, pero como no contestabas...

Jerónimo – Perdona, debo de haberme quedado dormido un momento...

Marina – ¿Te acuerdas de que habíamos quedado para comer?

Jerónimo – Sí, sí, claro... Ya estoy listo... ¿Vamos?

Marina – Vale. ¿Seguro que estás bien?

Jerónimo – Sí, sí, bien. Lo de siempre...

Marina – Bueno...

Se disponen a salir.

Jerónimo – He tenido una pesadilla increíble... No te imaginas...

Marina – ¿Ah, sí?

Jerónimo – Te vas a reír, pero he soñado que eras mi mujer.

Marina – Pero, Jerónimo... Soy tu mujer...

Jerónimo – Ah... Pues entonces me temo que esta pesadilla todavía no ha terminado del todo...

Salen.

Oscuro.

Fin.

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, Jean-Pierre Martinez sube primero a las tablas como baterista en varias bandas de rock, antes de convertirse en semiólogo publicitario. Luego fue guionista de televisión y volvió al escenario como dramaturgo. Escribió un centenar de guiones para la pequeña pantalla y más de cien comedias para el teatro, algunas de las cuales ya son clásicas (*Viernes 13* o *Strip Poker*). Actualmente es uno de los autores contemporáneos más representados en Francia y en los países francófonos. Por otra parte, varias de sus piezas, traducidas al español y al inglés, están regularmente en cartelera en Estados Unidos y América Latina.

Para los aficionados o los profesionales que buscan un texto para montar, Jean-Pierre Martinez ha optado por ofrecer sus piezas como descarga gratuita desde sus sitios web :

<https://jeanpierremartinez.net/>

<https://comediatheque.net/>

Sin embargo, los derechos de representación, que constituyen una remuneración justa por el trabajo del autor, son una obligación legal. Tanto si se trata de una compañía amateur como profesional, debe solicitar autorización para representar la obra y abonar los derechos correspondientes a la producción.

Jean-Pierre Martinez está representado por la Sociedad de Autores y Compositores Dramáticos (SACD).

Para ponerse en contacto con Jean-Pierre Martinez y solicitar autorización para representar una de sus obras, utilice el [formulario de contacto disponible en sus sitios web](#).

Tras comenzar su trayectoria como baterista, Jean-Pierre Martinez ha regresado recientemente a la música, creando canciones originales inspiradas en sus poemas y sus obras de teatro.

Con Jean-Pierre Martinez Music, prolonga ese universo en forma de canciones originales: relatos breves, humorísticos o melancólicos, en los que la canción se convierte a veces en una pequeña escena teatral.

<https://jeanpierremartinezmusic.com/>

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español

Monólogos

Como un pez en el aire
Happy Dogs
Relatos

Comedias para 2

Arrepentimiento
Cara o Cruz
Cuidado frágil
El Batín
El Joker
El Último Cartucho
Ella y Él, Monólogo Interactivo
Encuentro en el andén
EuroStar
La Cuerda
La ventana de enfrente
Los Náufragos del Costa Mucho
Ni siquiera muerto
Nochevieja en la morgue
Preliminares
Réquiem por un Stradivarius
Ruleta rusa en el Kremlin
Un sueño de casa
Una vocación frustrada
Zona de Turbulencias

Comedias para 3

13 y Martes
Cartas sobre la mesa
Cosas del Azar
Crash Zone
Cuidado frágil
El Contrato
Horizontes
Ménage à 3
Plagio
Por debajo de la mesa
Un breve instante de eternidad
Un pequeño asesinato sin consecuencias
Un pequeño paso para una mujer...

Comedias para 4

Amores a Ciegas
Apenas un instante antes del fin del mundo
Cama y Desayuno
Crisis y Castigo
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Déjà vu
Denominación de Origen no Controlada
Despedida de casados
Después de nosotros el diluvio
El Contrato
El cuco
El olor del dinero
El yerno ideal
Foto de Familia
Gay friendly
Happy Hour
¿Hay algún autor en la sala?
¿Hay algún crítico en la sala?
La Pecera
Las Pirámides
Los Suegros Ideales
Los Turistas
Nuestros peores amigos
Regreso a la escena
Resaca
Strip Póker
Un Ataúd para Dos
Un esqueleto en el armario
Un Matrimonio de cada dos
Una Noche infernal

Comedias para 5 o 6

Atasco en el Camino del Cementerio
Bien está lo que mal empieza
Patis y Castigo
El Rey de los Idiotas
El Sorteo del Presidente
Érase una vez en la web
Flagrante delirio
Los Náufragos de Nochevieja
Los Rebeldes
Nochebuena en la comisaría
Pronóstico Reservado
Sin flores ni coronas
Un bulevar sin salida

Comedias para 7 o más

A corazón abierto
Bar Manolo
Batas blancas y humor negro
¡Bienvenidos a bordo!
Como una película de Navidad...
Crisis y Castigo
Dedicatoria especial
El pueblo más bonito de Francia
El infierno son los vecinos
El pueblo más cutre de España
El reverso del escenario
El Sorteo del Presidente
Error de la funeraria a tu favor
Frutas y verduras
Fuera de juego
Jaque Mate
La función no está cancelada
Los Flamencos
Había una vez un barco chiquitito
Milagro en el Convento de Santa María-Juana
Nicotina
Nochebuena en la comisaría
No siempre la música amansas a las fieras
Prehistorias grotescas
Reality Show
Un pueblo tan bonito

Comedias de sainetes (sketches)

A corazón abierto
A ratos
Albán y Eva
Apocalipsis
Asesinos de bromas
Aviso de paso
Breves de confinamiento
Breves de escena
Breves de parque
Breves del Tiempo Perdido
De Animales y Hombres
De verdad y de broma
¡Demasiado es demasiado!
Dramedias
Ella y Él, Monólogo Interactivo
En blanco
Entre Bastidores
Escenas callejeras
Historias insólitas
La Barra
Memorias de una maleta
Muertos de la Risa
Sin Sentido Prohibido
¡Tranquilo!

Todas las obras de Jean-Pierre Martinez pueden descargarse gratuitamente desde sus sitios web:

<https://jeanpierremartinez.net/>

<https://comediatheque.net/>

*Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual.
Toda falsificación es punible con condena de
hasta 300.000 euros y tres años de prisión.*

París - Octubre de 2016
© La Comédiathèque - ISBN 978-2-37705-016-1
<https://comediatheque.net>